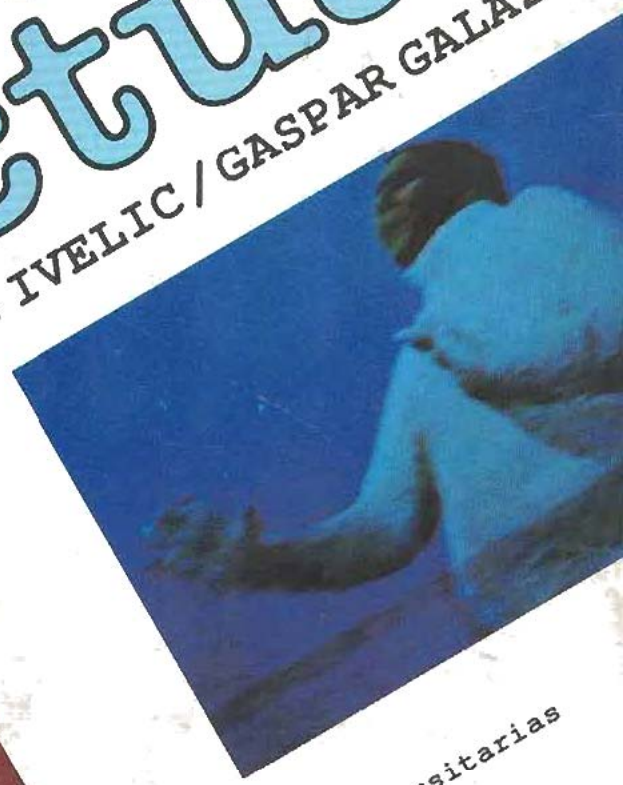




Chile, arte actual

MILAN IVELIC / GASPAR GALAZ



Ediciones Universitarias
de Valparaíso
Universidad Católica
de Valparaíso

1.2 ARTE Y CULTURA

CHILE EN LA BIENAL DE SAN PABLO

ANTONIO R. ROMERA

La Bienal se celebra bajo un sol tórrido: 33,34 grados. Pese a ello, o acaso por ello -el calor estimula a los europeos y a los visitantes de climas fríos-, la animación crece a medida que se acerca el momento de la inauguración.

Pero estos días previos -escribo el 2 de septiembre- el magno certamen ofrece unas características de inestimable valor para quienes viven en los entretelones del arte internacional. El curioso Palacio de Ipirapuera, proyectado por Niemeyer, es largo como un gran navío. Los cinco pisos tienen acceso por una rampa continua como el Museo Guggenheim, de Nueva York. A lo largo de estas rampas serpenteantes se hallan los pabellones de 53 países. Es decir, todo el movimiento plástico universal vigente aparece aquí, en esta especie de cinco cubiertas del inmenso navío empavesado, no por banderas, sino por cuadros y esculturas.

Las mañanas son activas. Cada grupo, cada delegación cuida los detalles finales y en las escaleras y frente a los pabellones se entablan conversaciones. Los artistas de los puntos más extremos del globo comienzan una amistad, se intercambian informaciones, fotografías, libros. Hay muchos críticos y sucede que en los encuentros se reanuden relaciones ya viejas y continúan los diálogos empezados años atrás en otros lugares del mundo. Aquí está el gordo y siempre enfurruñado Ferraz, el estimulante y risueño Inocente Palacios, cuya vida transcurre en todas partes con ligeras paradas en su Venezuela natal. Aquí está también Jacques Laseigne, Presidente del Jurado de Premios, grande, alto, sabio siempre y disimulando una fabulosa información en esa su desbordante naturaleza de personaje extraído de un film de Goddard; y Patrick Waldberg, autor del soberbio "Skira", sobre el surrealismo.

Por estos pasillos y escaleras circula Marta Colvin. Es un juego constante de abrazos. Los polacos, los checos, los franceses, los argentinos, los italianos, los brasileños la felicitan. El comisario del pabellón francés -un especialista del barroco y desdeñoso del clasicismo seiscentista-, le dice en un momento de euforia: "Vive le Chili". Es su manera de congratular a Marta por el primer premio obtenido. Y en seguida añade: "Voilà, j'aime l'Amérique parce que l'Amérique a créé le baroque". Y las barbas juveniles del crítico tiemblan ligeramente ante el recuerdo del barrocomanuelino tan presente en las antañonas ciudades del Brasil.

El triunfo de Marta Colvin ha sido el triunfo de la calidad, de la estricta calidad que se ha impuesto sin interferencias de ninguna especie, por su propia presencia. Y consta que nunca hubo una Bienal con tantos notables envíos de escultura. Aquí está el italiano Alberto Viani con una obra poderosa de ritmos sencillos y refinados. Está el conjunto numeroso, cuyo rasgo es la suma perfección, de Marina Núñez del Prado, boliviana tenaz y exquisita. Está el inglés Victor Pasmore, cuyo prestigio nadie desconoce. El colombiano Negret, el sueco Grate y sobre todo el japonés Toyofuku, cuyas obras en madera suponen una visión personal muy imaginativa y vital de la escultura. Ante todos ellos y otros muchos se impuso el vigoroso impulso de las piedras -como Marta las llama- de nuestra compatriota. En el pabellón chileno se pueden contemplar los cuadros de José Balmes, Rodolfo Opazo y Ramón Vergara, y los grabados tan ascéticos y puros de Eduardo Viches. Pero quien une y da coherencia al grupo total de obras es esta serie de piezas, que tienen mucho de ciclópeas, salidas de las manos de una mujer. El impulso totémico y ancestral transmutado en la visión artística con que la escultora los concibiera pregonan con el testimonio del importantísimo galardón los frutos de una larga escuela escultórica que el tiempo ha ido acendrando sin arrebatarle su fuerza primigenia.

Debo decir que otro escultor chileno, el joven Raúl Valdivieso, presentado por la OEA con el patrocinio de la Sección de Artes Visuales, dirigida por José Gómez Sicre, logró algunos votos en los escrutinios del Jurado. Si se tiene en cuenta que este tribunal del juicio estético se hallaba formado por 17 miembros se verá hasta qué punto es valioso el galardón, que, al final, fue concedido a Marta por muy alta mayoría del Jurado. Luis Oyarzún actuó con brillo en representación de Chile. Pero, como los lectores de "El Mercurio" están informados, el Primer Premio al libro mejor editado lo obtuvo Chile. Se le concedió al calendario "Los signos del Zodiaco", impreso por la Editorial Lord Cochrane. La forma en que ha sido presentada esta obra se impone al visitante. La colocación de cada lámina -una para el texto y otra para el respectivo signo zodiacal- en soporte de madera realza la belleza de la tipografía, así como la pintura. El armonioso trabajo de la impresión y los contenidos estéticos de los doce símbolos de Ura-nia sorprendieron al Jurado.

Volviendo de nuevo a la sección chilena, debo hacer resaltar la presencia en ella de algo que para mí implica más que la obtención de un premio, por importante que éste sea. Me refiero a una nota constante de calidad, de labor minuciosamente realizada, de orden, método y reflexión, puestos en lo que se está haciendo. No tiene nuestro Pabellón el brillo fascinador -a veces demasiado transitorio- de la extrema audacia. Pero lo que es ostensible es la evidencia de un arte con todos los rasgos inequívocos de la calidad profesional.

Hay otros países que cambian, siguen las modas, alteran las experiencias de hoy por otras experiencias

recién vistas. Chile trata de mantenerse en un camino que viene de lejos y que posee su justificación en una cadena de viejas tradiciones. Yo sé que esto parece paradójal cuando se tiene una corta historia, pero hay muchos modos de actuar frente a los hechos culturales. Y Chile suele hacerlo con mesura y sin perder terreno.

Se argüirá que tres pintores suponen un parco ejemplo. Sin embargo, la representación de nuestro país en el salón surrealista anexo a la Bienal es notable. Este salón y los envíos chilenos merecen crónica aparte. Debemos dejarlo para otro día.